

## PREFACIO

### GUERRA Y CULTURA EN LA ANTIGÜEDAD

Hoy en día no es frecuente encontrar libros académicos que susciten una renovada reflexión sobre temas, en apariencia, bien trillados. El campo de la historia militar es, sin duda, uno de esos ámbitos de investigación. A pesar de que en los últimos años se ha publicado un buen número de libros sobre la guerra en la Antigüedad, lo cierto es que el lector suele encontrarse ante estudios demasiado especializados o ante un conjunto de aportaciones colectivas reunidas para la ocasión. Suelen ser trabajos que no consiguen ofrecer una visión de conjunto con la suficiente coherencia como para propiciar una nueva perspectiva, desde el principio hasta el fin de sus páginas, sobre un tema clave de la historia cultural de Occidente. No es éste el caso del libro de J. E. Lendon que el lector tiene entre sus manos y que lleva el sugestivo título de *Soldados y fantasmas*. El autor norteamericano, a lo largo de sus más de quinientas páginas, afronta de manera muy ambiciosa un estudio de conjunto de la historia militar en Grecia y Roma, partiendo de Homero y llegando hasta Juliano. Y lo hace de un modo arriesgado que, aunque pueda ser discutible en algunos de sus aspectos, tiene la innegable ventaja de ofrecer una coherencia y una unidad encomiables desde su prólogo hasta su epílogo.

De hecho, tras un relato bélico moderno, que tiene como protagonistas al cuerpo de *marines* en la Guerra del Vietnam, hay una frase clave en su prólogo que pone de manifiesto con toda claridad cuál es su visión sobre este tema: «Por muy primitiva o moderna que sea la

maquinaria bélica de guerra, las creencias íntimas de los hombres de cualquier época o lugar desempeñan su papel en el modo en que se combate». Se trata de toda una declaración de intenciones que avisa al lector sobre el camino por el que va a discurrir la exposición: estudiar la evolución de la *warfare* grecolatina desde la perspectiva del influjo ejercido por un cúmulo de elementos culturales, literarios y educativos. Estamos, por lo tanto, como se señala en el apéndice bibliográfico final, ante un estudio «cultural» de la guerra en la Antigüedad, «basado en la opinión de las maneras y los ideales de los combatientes, en lugar de la pura lógica militar interna, que proporciona una mejor explicación de cómo se combate en la guerra». A lo largo del libro no se descartan otros posibles enfoques (políticos, sociales, económicos o tecnológicos) de los hechos relatados, pero es la perspectiva cultural la que sin duda proporciona unidad y coherencia a su exposición.

En este sentido, el trabajo de Lendon es un auténtico libro «de tesis», algo también inusual en una época demasiado dada a la publicación de asépticos *Companions* a la hora de tratar temas de esta envergadura. El autor, sin renunciar a una exposición de tipo cronológico (esquema imprescindible para una obra de este tipo), no se deja llevar por una visión histórica simplista de tipo evolutivo: el cambio en los métodos de combate como consecuencia de una continuada evolución tecnológica o material. Y en el desarrollo de esta perspectiva reside su aportación más importante. Lendon defiende la tesis de que la historia militar de griegos y de romanos no puede explicarse, como en gran parte se ha hecho hasta ahora, atendiendo sólo a la simple influencia de los avances de tipo tecnológico o al influjo de aspectos económicos o sociales. Como destaca el autor, este tipo de enfoque, heredero de una manera de ver la historia en el siglo XX, no permite explicar una serie de hechos llamativos que se han dado a lo largo de una historia militar de más de dos mil años. Un ejemplo es la resurrección en el ejército romano de la disposición de tropas en falange, en un momento (finales del siglo III y principios del IV d.C.) en el que hacía ya mucho tiempo que se había abandonado un modelo griego que, para colmo, había sido derrotado al final de la Re-

pública por la legión manipular romana. Para poder explicar hechos tan aparentemente contradictorios como éste, que supone una clara regresión técnica, Lendon ha optado por otro camino: la tesis que recorre el libro y que proporciona consistencia al repaso de los procedimientos militares de la Antigüedad se basa en el influjo ejercido por el pasado histórico y cultural (incluido el resbaladizo terreno del mito) sobre diversos momentos clave del presente.

Y la brillantez en las ideas está acompañada de un encomiable deseo de hacer accesibles al gran público cuestiones que, en muchas ocasiones, son de una gran complejidad. Lendon, por medio de una magnífica prosa, transforma un cúmulo de datos (arqueológicos, epigráficos, literarios), fuentes históricas y discusiones académicas en un torrente narrativo que engancha al lector, atrapando su atención desde las primeras páginas. Su prosa, la inteligente disposición del contenido, que combina una narración casi novelesca con la exposición de ejemplos tomados de la historiografía antigua, y las escuetas pero significativas alusiones eruditas conforman un texto encomiable. Un ejemplo de cómo transmitir el conocimiento del complejo mundo de la guerra en la Antigüedad de una manera divulgativa pero nada simplista. También ayuda a este objetivo una muy trabajada estructura. Lo que en otros libros se convierte en un auténtico engorro (separar las notas del texto), aquí se lleva a cabo de un modo perfectamente funcional. De esta manera, el lector tiene ante sus ojos un texto que facilita una lectura continuada e ininterrumpida. Las notas proporcionan los pasajes empleados y aducidos en la exposición y, finalmente, la bibliografía empleada en cada capítulo se ofrece de manera crítica en un apéndice final, aportando una visión personal de la muy extensa literatura secundaria empleada. De este modo, como ocurre con las grandes obras, el libro ofrece diversos niveles de lectura, desde la del simple profano en busca de una exposición clara y amena hasta la del experto interesado en cuestiones más concretas. Se ha logrado, así, un compromiso encomiable que permite entender la rápida difusión de este libro que, publicado originalmente por la Universidad de Yale en el año 2005, ya contaba a mediados de 2006

con una traducción al italiano y otra al español, a las que se ha venido a sumar una versión francesa en el año 2009.

El libro está estructurado en dos partes: «Los griegos» y «Los romanos». Y cada una de ellas está guiada por una idea clave. En la primera, el influjo de la épica homérica (retomando la idea de la «enciclopedia» de Homero) y el conjunto de valores que se derivan de ella son vistos como elementos decisivos para entender la evolución de los métodos de guerra desde la época arcaica hasta el helenismo. Así, se pasa revista a la formación de la falange, su evolución y adaptación, la creación de la falange macedonia, su exitoso empleo por parte de Alejandro, etc. En la segunda parte, el autor incide en el peso del pasado histórico en el desarrollo, evolución y diálogo entre dos conceptos clave en Roma: *virtus*, el valor agresivo que caracterizó a las tropas romanas, y *disciplina*, un concepto complejo que integra ideas como la obediencia, el entrenamiento y el trabajo. Se analiza así el peso ejercido por la propia experiencia militar romana, pero también el influjo de un pasado griego que, a partir de finales del siglo II a.C., es adaptado y sentido en cierto modo como propio. Y, sobre todo, Lendon destaca el inmenso influjo ejercido por la imponente figura de Alejandro Magno, que se convirtió en modelo ideal de comportamiento tanto para emperadores como para generales romanos.

Según Lendon, tanto griegos como romanos combatieron bajo el hechizo del pasado. Aunque entre ambos pueblos habría existido una diferencia fundamental. Para los griegos, el pasado épico se convirtió en guía e inspiración para enfrentarse al presente. Para los romanos, aunque ese pasado comenzó siendo un acicate que les llevó a dominar el mundo, acabó convirtiéndose al final de la época imperial en una especie de «recreación» que, en ocasiones, acababa dolorosamente confrontada con la realidad que marcaba el presente. Como señala el autor al final del libro: «la relación de los griegos con su pasado se tradujo en unos ejércitos mejores, mientras que, en los últimos siglos de Roma, la relación con su pasado militar hizo a su ejército peor». En esta llamativa conclusión reside una de las más importantes aportaciones de este libro: la comparación de la evolución de la guerra terrestre en el

mundo antiguo con la que siguió la literatura grecorromana. En otras palabras, la importancia del concepto de *aemulatio* o «imitación competitiva» de los modelos del pasado para explicar con mayor precisión y profundidad los cambios y vaivenes de la historia militar en la Antigüedad. Así, la conclusión más llamativa de la obra es que «por extraño que parezca, la *aemulatio* literaria ofrece un modelo más consistente que el progreso tecnológico para la comprensión del cambio en el método de combate en la Antigüedad». Tecnología, disciplina, entrenamiento, táctica y técnicas militares son analizados como conceptos cuyo auténtico sentido se clarifica a la luz de una idea de competitividad y emulación que, de diferente manera, abarca todo el mundo antiguo.

Desde nuestro punto de vista, las páginas más importantes de la obra son las que desarrollan y ejemplifican esta idea. Desde el mundo griego arcaico hasta el final del mundo romano, ilustrado con muy significativos ejemplos (Juliano, Valente, etc.), que, a su juicio, suponen «el triunfo de los fantasmas» sobre los soldados reales. Así es como Lendon interpreta el momento de crisis y decadencia de finales del siglo IV d.C., en el que el peso de la *aemulatio*, el peso de los *exempla* y, en definitiva, el asfixiante peso del pasado se impusieron sobre la realidad bélica contemporánea. En definitiva, la caída militar de Roma entendida como un ejemplo de *aemulatio* improductiva, inadecuada y estéril.

Pero el libro de Lendon no sólo es una obra de tesis que busca aclarar cuestiones espinosas y que ofrece una nueva perspectiva que permite comprender y ordenar el inmenso cúmulo de datos que se traslada al lector sobre el mundo de la guerra antigua, sino que también es un libro inspirador. Su lectura permite observar, bajo una nueva luz, cuestiones muy debatidas en los ámbitos académicos. Una de las más importantes tiene que ver con la auténtica validez de la principal fuente sobre la que se basa la argumentación de su tesis: la historiografía antigua. De hecho, casi todo el aparato de notas está dedicado a detallar las fuentes historiográficas grecolatinas empleadas en la extensa ejemplificación de hechos y anécdotas que jalonan la exposición de cada capítulo. Desfilan así pasajes selectos de todos los

grandes historiadores antiguos, desde Heródoto (siglo V a.C.) hasta Amiano Marcelino (siglo IV d.C.). Junto con la epigrafía y las representaciones iconográficas (algunas tan importantes como las que ofrece la impresionante Columna Trajana), lo cierto es que la historiografía antigua es la principal fuente de datos empleada: anécdotas, semblanzas de líderes, reflexiones tácticas, descripciones de batallas, etc., recurriendo sobre todo a los historiadores que tienen fama de haber cultivado más la exactitud (*akríbeia*) o que, en todo caso, tuvieron una información de primera mano de los hechos. Así, Lendon ofrece una narración selectiva en la que se destaca de manera especial que Polibio acompañó a Escipión Emiliano a Cartago en 147-146 a.C., que Flavio Josefo acompañó a Tito durante la campaña de Jerusalén o que Amiano Marcelino acompañó a Juliano en su expedición a Persia. Pero todo ello se hace sin olvidar la existencia de relaciones de índole literaria entre sus obras (influjo metodológico, imitación de pasajes o de maneras concretas de narración). De hecho, aunque historiadores como Tucídides, Polibio, Salustio o Josefo pretendían relatar lo realmente sucedido (tal y como ellos mismos señalan en proemios y capítulos metodológicos), para los historiadores antiguos era igual de importante componer un texto narrativo lleno de dramatismo, que deleitase y entretuviese al lector. La historia, como es bien sabido, debía informar pero también entretener. No es raro, entonces, que incluso historiadores «científicos» como éstos resaltasen sobre todo los atributos y hazañas que fueran más admirables en un jefe militar con vistas a captar la atención y agradar al público que iba a leer la obra. Sin duda, el estudio de la relación entre retórica e historiografía en el mundo antiguo nos lleva en una dirección que plantea cuestiones espinosas. La más extrema: ¿hasta qué punto una descripción o el desarrollo narrativo de una batalla están determinados por lo realmente sucedido o es producto del modelo literario transmitido por la formación retórica? Ese peso del pasado, de los *exempla*, del modelo de la épica homérica, de la narración de las hazañas de Alejandro sobre la táctica y el comportamiento militar de diversas épocas están también presentes en la configuración literaria de la obra

historiográfica. La sombra de Homero en la composición de la obra de Heródoto o el influjo de Jenofonte o Tucídides sobre las generaciones posteriores de historiadores son un elemento clave para entender la obra de autores como Salustio, Arriano o Procopio. No debe llamar la atención por ello que Arriano se considerase a sí mismo como un nuevo Jenofonte. O que Polibio, Salustio, Tácito o Procopio (por citar autores decisivos a lo largo de varios períodos históricos) siguieran la estela de Tucídides a la hora de componer sus propias obras. En definitiva, sucede que los propios autores historiográficos son un perfecto exponente de ese concepto de *aemulatio* que pudo darse en la vida real. Y ello es así no sólo en elementos tan marcadamente retóricos como los discursos y arengas puestos en boca de los generales, sino también en pasajes claves de la exposición de este libro como los duelos individuales, los asedios de ciudades, los efectos del miedo sobre las tropas, las terribles consecuencias de una guerra civil o de una epidemia o el tema recurrente de la *urbs capta*.

A la vista de estas cuestiones, si seguimos la argumentación de Lendon hasta sus últimas consecuencias, nos encontramos ante el avance de lo que nos parece una brillante solución a este dilema, que inevitablemente subyace en puntos decisivos de su exposición. Consciente en gran medida de que se trata de una cuestión de difícil solución, y que divide en gran medida a la crítica, Lendon opta en su libro por dar un considerable peso al influjo de la educación retórica, literaria e historiográfica sobre las elites instruidas que, en la Antigüedad griega, se esfuerzan por mantener los ideales de la épica y que, en la Antigüedad romana, buscaron emular el comportamiento casi mítico de Alejandro. De este modo, Lendon evita cuestionarse la mayor o menor precisión de las fuentes historiográficas (aunque en casos como los de Flavio Josefo o Amiano Marcelino destaca su cercanía a los hechos), al incidir sobre la influencia ejercida por la educación retórica y literaria sobre las elites que componían los mandos del ejército. Unas elites de las que también proceden los más eminentes historiadores. Sobre todo, en épocas tan significativas como la Segunda Sofística, a lo largo de los siglos II y III d.C., un momento histórico en

el que la retórica escolar lo inunda todo. Desde esta perspectiva, se plantea una idea realmente atractiva: la vida (entendida como arte militar) es la que acabó imitando al arte (literario, retórico e historiográfico). La táctica y el comportamiento militar concebidos como actividades prácticas influidas por los valores e ideas de una historiografía que no sólo pretendía exponer los hechos del pasado, sino que también de manera consciente los recreaba retórica y literariamente.

Así, si atendemos al general griego más influyente en Roma, es evidente que el Alejandro que pretendieron imitar los generales y emperadores romanos no es el personaje histórico real que vivió, luchó y murió en la segunda mitad del siglo IV a.C., sino el personaje historiográfico de proporciones épicas que contribuyó a crear la *vulgata*, y que encontró su expresión más completa en obras como la *Anábasis* de Arriano o la historia de Quinto Curcio. Ambas obras fueron enormemente influyentes en su momento y ambas, especialmente la segunda, están trufadas de pasajes y narraciones elaboradas según los dictados de la retórica. La imitación de las palabras y de acciones de Alejandro estaría condicionada por una historiografía que, más allá de la simple exposición de los hechos, actuaría como filtro retórico que reconvierte lo realmente sucedido en literatura que, a su vez, fomenta la *aemulatio* en la vida real.

En definitiva, sirvan estas reflexiones como un ejemplo del modo admirable con el que Lendon consigue ir más allá de las dificultades que plantean estas espinosas cuestiones. De hecho, aunque (como suelen hacer muchos historiadores del mundo antiguo) siempre tiende a recurrir a las fuentes más cercanas a los hechos y a resaltar el contacto directo de los autores con la realidad que describen (como ocurre en el caso de Tucídides, Polibio, Flavio Josefo o Amiano), también tiene en cuenta la naturaleza retórica de la historiografía antigua y su enorme peso e influencia. Y en esa mezcla se encuentra, sin lugar a dudas, uno de sus más importantes logros.

J. CARLOS IGLESIAS ZOIDO  
UEX